

ELISABETTA GNONE

Misteriosa



SILUETAS EN PAPEL DE LINDA TOIGO



Duomo ediciones

Proyecto artístico de Elisabetta Gnone
Sobrecubierta de Scozzese Design, a partir de una silueta de papel de Linda Toigo
Cubierta de Elisabetta Gnone
Siluetas en papel de Linda Toigo
Las fotografías de las siluetas son de Gianluca Camporesi
Posproducción digital de Litomilano
Adaptación de la maqueta: Endoradisseny

UNA PRODUCCIÓN



B O M B U S

www.olgadicarta.com
www.facebook.com/olgadepapel/
olgadicarta@bombusmedia.com

Título original: *Olga di carta. Misteriosa*
Traducción: Miguel García

© 2018 Bombus S.r.l. por Elisabetta Gnone
(texto e ilustraciones)

ISBN 978-84-17761-17-2
Código IBIC: YB
DL B 14.436-2019

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Primera edición: septiembre de 2019
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
www.duomoedizioni.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mis amigos

La juventud no tiene edad

Pablo Picasso

Olga Tindal era una niña silenciosa y amable; delgada como una hoja de papel, tenía doce años y un don especial: sabía contar magníficas historias que, juraba, había vivido en persona.

—¡Es imposible que sean verdad! —sostenían algunos.

—¡Ojalá lo fuesen! —suspiraban muchos.

—¡Lo son! ¡Lo son! —afirmaban los demás.

El caso es que, cuando la joven Tindal comenzaba una nueva historia, quienes estaban cerca aguzaban el oído, las ventanas se entreabrían, en los patios las voces cesaban, rostros de curiosidad asomaban entre la ropa tendida y quienes estaban en casa salían arrastrando consigo una silla.

—¿Y para qué iba a contar unas historias tan raras si no fuesen verdad? —se preguntaba la gente.

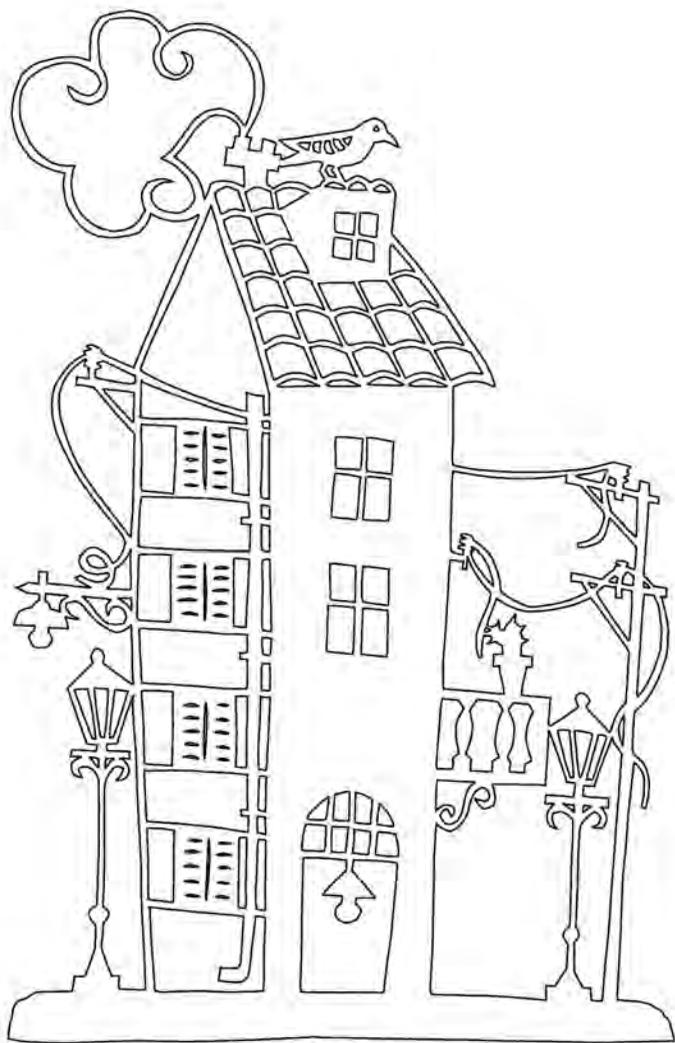
Respecto a esto, la sabia Tomeo, peluquera del pueblo, tenía una opinión interesante.

—Para vencer el miedo —decía.

—¿Miedo a qué? —le preguntaban los demás.

—¡A los monstruos que mete en sus historias y a los que todos tenemos miedo!

—¿Y se puede tener miedo a crecer?



LAS HISTORIAS DE OLGA DE PAPEL

Misteriosa



PRÓLOGO

—¡**H**a vuelto a empezar!

—No me digas, ¿llueve otra vez?

El hombre miró al cielo y sacó fuera una mano.

—No, es Olga, creo que ha empezado a contar una nueva historia.

Así, mientras le entregaba un sobre a la puerta de casa, se lo anunció el cartero al señor Yibod, y este, intrigado, asomó inmediatamente la cabeza.

—¿Dónde está? ¿Está aquí, en el pueblo? —preguntó observando la calle—. ¿La has visto o te lo han dicho?

El señor Yibod era un seguidor fiel de las historias de Olga.

—La he visto, sí, en compañía del joven Debrís. Y también estaban la nieta de Onelia, Mima me parece que se llama, y esa otra niña nueva invitada suya. Llevaban mochilas a la espalda.

—¿Y qué te hace pensar que Olga estaba contando?

—¡Hablaba! Y que la joven Tindal hable significa una sola cosa: que está contando. ¿O me equivoco?

—¡Tienes toda la razón, viejo traelíos! —respondió Yibod, que le asestó a su amigo una solemne palmada en el hombro—. Al menos por una vez eres portador de buenas noticias.

El cartero se tambaleó y de casualidad no se cayó.

—¿Y adónde iban? —le preguntó Yibod.

—Me los he encontrado cerca del sendero del Tejón

—respondió el cartero señalando la montaña que dominaba el pueblo—. Me parece que querían subir. Pero podría estar equivocado.

—¿Van arriba, a la choza? No sé si la encontrarán abierta. Milo, el pastor, estaba ayer aquí, en el pueblo. Es un buen paseo, sería una lástima hacerlo para nada. Con este calor además...

—Son jóvenes, amigo mío, no notan el cansancio. En otro tiempo también nosotros éramos así. ¿O ya no te acuerdas? Trotábamos con don Sero hasta lo alto de Punta Imán con pesadas mochilas y a las dos de la tarde, bajo un sol que abrasaba. ¿Nos cansábamos?

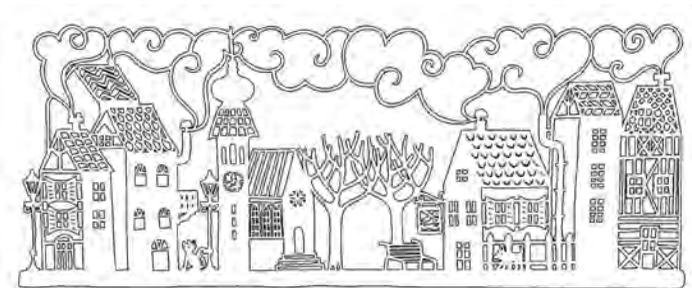
—Sí, o sea, no. Es que...

—Resígnate, Yibod, nos hemos hecho viejos.

—Lo siento por la historia.

—¿La historia? Ah, ya, que tú eres uno de esos que se creen las historias de la joven Tindal. Pues entonces sí que estoy equivocado. Yo soy viejo, ¡pero tú eres aún un chiquillo! Adiós, Yibod.

El cartero se marchó riendo por la calle soleada.



UNA SEMANA ANTES

En el silencio de la noche se oyó el sonido de unas ruedas en las callejuelas adoquinadas, seguido del retumbar de una tormenta lejana. El coche gris dobló la esquina de la calle iluminada por débiles farolas y se detuvo delante de una puerta. Bajaron dos niñas cansadas del viaje y un señor, que abrió el portaequipajes y descargó dos maletas.

—Mima, coge el regalo para la abuela, por favor. Llévalo arriba —dijo el hombre.

La puerta se abrió con un chasquido y los tres recién llegados entraron. Inmediatamente después comenzó a llover.

Cuatro días más tarde aún llovía.

—No lo aguanto más —dijo Mima mirando por la ventana la callejuela convertida en un torrente.

—Uy, no digas eso. Hace falta un poco de agua en el campo después de tanta sequía —le replicó su abuela Onelia.

Mima resopló. En Balicó llevaban meses sin ver la lluvia, hasta el punto de que las acequias estaban invadidas

por plantas, los pozos estaban secos y surcaban los prados largas y profundas grietas que fragmentaban la tierra.

—¿Y tenía que llover precisamente ahora, cuando venimos nosotras? —se lamentó la chiquilla soltando la cortina.

Mima se moría de aburrimiento, pese a que aquel año no estuviera sola en casa de su abuela. En efecto, con ella estaba Mirina, una nueva amiga a la que había conocido en el colegio ese año.

Mirina nunca había estado en el campo y Mima había pensado invitarla a pasar unos días de las vacaciones estivales en Balicó, el pequeño pueblo en que ella veraneaba desde que había nacido y donde le habría gustado vivir todos los días del año. En Balicó, Mima tenía libertad para ir adonde quisiera y siempre estaba en buena compañía, porque allí vivían sus dos mejores amigos, Olga Tindal y Bruno Debrís, apodado Oruga. En aquellos días de lluvia —¡de diluvio!— aún no había podido ir a verlos y el estar encerrada en casa, con Mirina pegada a ella, empezaba a ponerla nerviosa; entre otras cosas porque su amiga estaba revelando aspectos de su carácter que a Mima no le gustaban nada, y algunos en concreto la irritaban muchísimo.

—¡Se niega a hacer todo lo que no le gusta! ¡Y se coge berrinches! —se desahogó una tarde con su madre por teléfono—. ¡Parece una niñita de tres años! No come fruta si la abuela no se la pela y se la corta antes; no ayuda a poner la mesa porque dice que es tarea de mayores; no va sola a comprar el pan, ni siquiera a la panadería de abajo; no se hace la cama por el mismo motivo por el que no pone la mesa; exige, como te lo digo, ¡exige!, un cuento antes de dormir todas las noches y, escucha esto, mamá, el cuento

no debe durar menos de veinte minutos, ¡si no, no se duerme o tiene pesadillas!

—Mima, tesoro...

—¡No, espera! Nunca se termina lo que tiene en el plato y se niega a comer lo que cocina la abuela Onelia si la abuela no se ha lavado antes las manos. No estoy bromeando, mamá, ¡es verdad! Además, dice que es alérgica a tantos alimentos que me pregunto cómo es que todavía no se ha muerto de hambre y cómo hace para crecer. ¡Bueno, de hecho no crece!

—Mima...

—¡Es ruidosa! No sabe hablar en voz baja y anda como si tuviera ladrillos en vez de pies, ¡pum, pum, pum! Peor que un elefante. Parece como si quisiera hundir el suelo. ¡Un día más encerrada aquí dentro con ella y la estrangulo!

—Ten paciencia, tesoro. Se sentirá incómoda porque no está en su casa. Ya verás como las cosas mejorarán con el sol —trató de calmarla su madre.

Y así fue, en efecto. Cuando el sol se dejó ver, Mima agarró a Mirina de un brazo y la arrastró fuera.

—Ven, te llevo a conocer a Olga —le dijo.

Mirina se plantó.

—No, no quiero. ¡Quiero ir a la Poza Verde y bañarme!

—A la Poza Verde iremos con Olga y Oruga —replicó Mima. Dicho aquello, le dio la espalda y se encaminó sola.

—¡Espérame! —la llamó Mirina, que la alcanzó corriendo.

Andaba mirando al aire, sin fijarse en las puertas coloridas, las calles adoquinadas inundadas de sol o el escaso trajín en el pueblo nunca concurrido, sobre todo en verano,

porque el calor hacía quedarse en casa a la gente; ni en las cuerdas de la ropa tendidas entre los viejos muros agrietados; ni en los abrevaderos para las bestias, hechos con troncos o piedra; ni en las ristras de ajos o de cebollas colgadas fuera de las ventanas; ni en las empinadas escaleritas que llevaban a las puertas minúsculas de las viviendas en cuesta, las encaramadas a la colina; y tampoco en las enredaderas en flor donde zumbaban las abejas... Mirina no se fijaba en nada. Sin embargo, todo debía de ser una novedad para ella, que nunca se había movido de la ciudad.

En las inmediaciones de la plaza de la iglesia se tropezaron con el párroco del pueblo.

—Si te pregunta, dile que siempre vas a misa o nos echa una regañina que nos tiene aquí toda la tarde —le pidió Mima en voz baja.

—¡Siempre voy a misa! —le soltó Mirina al sacerdote antes incluso de que este le dirigiera la palabra.

—¿Cómo? —dijo don Sero acercándose.

—¡Siempre voy a misa!

—Ah, buena chica. ¿Y cómo dice la oración al Padre?

—¿Eh?

—Gloria al Padre, al...

—No me acuerdo.

—No le haga caso, es nueva y está emocionada por encontrarse aquí —intervino Mima interponiéndose entre el cura y su amiga.

—¿Habéis llegado hace poco? —le preguntó él.

—Hace una semana.

—Asquerosa —sentenció Mirina bajito—. ¡Ha llovido todo el tiempo!

Don Sero no pudo evitar sonreír.

—Mira, fueron las oraciones, pedimos mucho la lluvia y el buen Dios nos la ha mandado. Tal vez exageramos, quizá debíamos pedir un poco menos, así no se habrían inundado los sótanos ni las tiendas, no nos habría invadido el barro, que ahora está todo hecho una pena, y allá arriba... —Señaló la montaña, pero luego cambió de conversación y les preguntó a las niñas—: ¿Os veré en la iglesia el domingo?

—¡Por supuesto! —contestó Mima.

—¿Para hacer qué? —preguntó Mirina.

Mima se la llevó de allí de un tirón.

—¡Eres un embrollo con patas! —protestó—. ¿Tú qué crees que se hace el domingo por la mañana en una iglesia?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No, nunca he estado en una iglesia.

—¿Nunca?

—No. ¿Has estado tú alguna vez en uno de nuestros templos?

—No.

—Entonces estamos empatadas.

—¡Mima, tesoro, has venido! —Tomeo Dipí, la encantadora peluquera del pueblo, llegaba sonriente del mercado, con la compra—. Entonces eres tú la que has traído el sol.

—No, conmigo llegó la lluvia. Y ella... —Mima señaló a Mirina—. Es una compañera de clase.

—¡Bienvenida! —le dijo Tomeo estrechando la mano blanda, casi colgante, de la niña, que sonreía tímidamente.

—¿Vais a casa de Olga?

—Esa era la idea. Pasamos a buscar a Oruga y vamos.

—¿Vendréis a verme alguna vez?

—Desde luego.

Se despidieron.

—¡Esta me cae bien! —dijo Mirina—. Pero tiene nombre de chico.

—Es la mejor —afirmó Mima—. El nombre lo heredó de su marido, dueño de la peluquería antes de ella. Cuando murió, Parnisel ocupó su lugar y ahora es la peluquera del pueblo.

—¿Y por qué la llaman con el nombre del marido si se llama Parnisel?

—Porque estaban acostumbrados a decir: «Voy donde Tomeo a afeitarme» o «Voy donde Tomeo a cortarme el pelo». Siguieron diciéndolo así y ella pasó a ser Tomeo.

—¿Y por qué vuestro amigo Oruga se llama Oruga? ¿De quién ha heredado el nombre?

—De nadie. En el colegio algunos dicen que se parece a una oruga, pero él se llama Bruno.

—¿Se parece a una oruga? ¿De veras?

Mima se encogió de hombros y Mirina guardó silencio.

—¿Qué es una oruga? —le preguntó poco después.

—¿No sabes lo que es una oruga?

—No —contestó la niña.

—Es como un gusano pero grande y peludo. Sabes lo que es un gusano, ¿no?

—Tampoco.

—¿No te ha pasado nunca que estás comiéndote una manzana y encuentras un gusano?

—Las manzanas me las pela y me las corta mi madre.

—¿Nunca te has comido una manzana a mordiscos?

—Claro que me las como a mordiscos, ¿cómo iba a comerme las, si no? Pero ¿qué tienen que ver los gusanos?

—Olvídalo.

Cuando Bruno Debrís abrió la puerta, Mima le echó los brazos al cuello y le prodigó muestras de cariño mientras Mirina empezaba a hacerse una idea de qué era una oruga: pálido, informe, con el pelo de color estopa, gafas enormes, erre gangosa, tímido, amable, un poco insulso pero simpático.

—¿Vienes con nosotras a casa de Olga? —le preguntó Mima al chiquillo, y poco después los tres tomaban el camino que bordeaba la colina.

Cuando estuvieron a pocos metros del río, Mima quiso que Mirina la escuchara con atención.

—Óyeme bien, porque es importante —le dijo mirándola fijamente a los ojos—. Ahora tenemos que cruzar el río. En el embarcadero habrá un hombre, pero tú no le hablarás, no lo mirarás, harás como si no existiera y te quedarás cerca de mí todo el tiempo. ¿Lo has entendido?

—¿Por qué tengo que hacer eso? ¿Es malo?

—No sé si es malo, pero seguro que estará de pésimo humor, siempre lo está. Nosotros lo llamamos Barcamorros, imagina por qué. Así que subirás a la balsa, le dirás gracias y luego te estarás callada. Callada, ¿entendido? Ahora vamos.

—No quiero subir a la balsa —protestó Mirina casi llorando e intentando volver atrás—. Me da miedo.

Oruga se inclinó sobre ella y, con benevolencia,

haciendo vibrar las erres a su manera característica, trató de tranquilizarla.

—Verás —le dijo—, el problema es que Cod siempre está solo, no está acostumbrado a hablar con otras personas. Vive en aquella chabola de allí, a la orilla del río. Posee... bah, nada, tan solo esa mísera balsa y algunos trastos. No es malo, solo un poco rudo, ¿sabes?, un solitario. Puede que no le seamos muy simpáticos, pero eso no lo convierte en un ogro. Fíate, no corremos ningún riesgo.

Mirina consintió en proseguir.

—¿Quién es Cod? —preguntó poco después.

Mima soltó un gemido.

—Cod es Barcamorros —dijo con un suspiro.

Llegados al embarcadero, los chicos esperaron a que viniera el barquero para que los transportara a la otra orilla. Cuando la puerta de la chabola se abrió, Mirina se puso firmes y tragó saliva.

—¿Es... él? —balbució muy bajito.

Un hombre con un largo gabán de color humo y un remo en la mano avanzaba hacia ellos. Era alto, demacrado, fúnebre. Parecía flotar en el aire como un espíritu triste, un transportador de almas al infierno.

De los bolsillos descosidos sacaba algo que se metía en la boca, masticaba y escupía al suelo.

—¡Qué feo! —exclamó Mirina.

—¡Chist! —le ordenó Mima entre dientes.

—¡Subid! —gruñó Cod mientras soltaba la soga.

Oruga subió después de Mima en medio de un silencio tétrico solo roto por el discurrir del agua y el graznido molesto de los cuervos en los árboles, luego ayudó a Mirina.

¡Pump!, hizo la niña al aterrizar como un saco de patatas en la balsa, y...

—Buenos días, señor Vayamorros, ¿cómo está? Gracias por el paseo en su preciosa balsa, es usted muy amable al soportarnos —le largó de un tirón retorciéndose las manos.

Mima y Oruga, temiendo lo peor, cerraron los ojos y esperaron el «rugido». Luego, como no oían nada, los reabrieron para examinar la situación: Cod miraba fijamente a Mirina, como se estudia un objeto del que se desconoce su función, mientras que ella le sonreía como sonríen los ratones a los gatos en los dibujos animados cuando ruegan que no se los coman.

Pasaron así largos instantes de terror para los tres amigos. Hasta que el barquero, meneando la cabeza y mascullando en la enrevesada lengua del río, movió el remo. La balsa abandonó la ribera y encaró la corriente.



EN LA GRANJA DE LAS TINDAL

Olga había esperado cada día la llegada de las dos amigas a la granja. Sabía que Mima estaba en Balicó con Mirina, porque le había escrito la fecha de su llegada. Pese a la lluvia, había confiado en verlas llegar bajo un gran paraguas, con Oruga.

—¡Hoy va a hacer sol! —le dijo aquella mañana a Valdo saltando de la cama—. ¡Será un día precioso!

Se vistió aprisa y bajó a la cocina a preparar el desayuno para ella y la papilla para Valdo.

Luego...

—Llegarán a las diez —dijo, y ella y el perro salieron a la era.

La aurora teñía de rosa el cielo y las colinas. Los mirlos y los carboneros alegraban el aire con largos silbidos y melodías; un cuclillo anunciaba su presencia en una rama y Gato regresaba de la cacería nocturna.

—Buenos días, Gato —lo saludó Olga. El minino saltó al borde del abrevadero y se dedicó a asearse el pelo.

A aquella hora, en verano, en el pueblo todo suele estar

aún por comenzar; en los campos, por el contrario, y sobre todo en verano, la actividad empieza pronto, antes de que haga calor.

Olga oyó subir el tractor del señor Tabatún por los empinados caminos del viñedo, venía a fumigar; desde que el abuelo y el padre de la niña habían muerto, fulminados por rayos precisamente entre las viñas, él se encargaba de aquella tarea. La abuela de Olga le estaba agradecida y le correspondía con productos de la granja: vino, huevos, queso, fruta y verduras del huerto.

Al poco rato aparecería también ella, la abuela Almida; no dejaría que se le notara, porque Almida no era alguien que mostrase sus sentimientos, pero estaría contenta de encontrar a Olga en la era. Olga siempre se levantaba antes que ella; eso cuando se había acostado, porque no siempre lo hacía. A veces se quedaba mirando el cielo y hablando con su madre, que vivía allá arriba desde que ella tenía seis años.

O bien se iba a vagabundear por los bosques y los valles con Valdo, o emprendía con él largos viajes extraordinarios de los que volvía a horas insólitas, quemada por el sol en los días invernales, aterida de frío en las noches de verano, más erudita, muy cansada y bastante feliz.

Su abuela pensaba en ella como en un ser misterioso, un cachorro salvaje que domesticar, una criatura alienígena venida de otro planeta, una flor clandestina que no se sabe cómo cultivar.

Y todos los días lamentaba que Nora, la madre de Olga, no estuviese allí para ocuparse de la niña, porque ellas dos se entendían, mientras que Almida, no sabiendo cómo

tratar con su nieta, a menudo actuaba autoritariamente: su manera de criar a Olga, de educarla, de protegerla, incluso de quererla —y la quería muchísimo—, estaba cargada de prohibiciones, de oposiciones, de noes, de basta ya, de nunca, de ni una vez más.

—Ya estás levantada, bien —dijo apareciendo en la puerta. Estaba anudándose las tiras del delantal para ir al establo—. ¿Has dejado salir a las gallinas? ¿No? ¿Por qué?

Olga, en medio de la era con los ojos cerrados y los brazos abiertos, disfrutaba aún de las sensaciones de aquella bonita mañana, la primera después de tantas de lluvia.

—Voy enseguida —dijo, y se encaminó con Valdo.

—Eso es, buena chica. Ellas también tienen ganas de salir, ¿sabes? ¿Te has bebido la leche?

—Sí, sí.

—¿Has mojado unas galletas?

—Sí.

—¡De papel las habrás mojado! —refunfuñó Almida—. Porque eres de papel, delgada como una hoja de maíz.

—¿Estáis ahí? ¿Molesto? —preguntó Olga al abrir la puerta del gallinero.

Las gallinas salieron tímidamente, primero las más valientes y luego las tímidas, de una en una. Valdo las animó con empujones y olfateos impertinentes. Cocorococóóó, profirieron ellas, dándose prisa.

—Veamos cuántos huevos habéis puesto... —Olga rompió un huevo para Valdo, que se lo comió de un solo lametón, y otro para ella. Solo se comió la yema, porque la clara cruda «tiene bacilos», decía su abuela.

Los demás huevos los llevó a casa en una cesta.

Luego cogió el fuelle con el que avivaban el fuego de la chimenea y con él barrió a soplidos las hojas de la entrada. Con la escoba habría tardado menos, pero así era más divertido.

Al entrar de nuevo oyó ruido de chapoteo; bajó la mirada y salvó a una lagartija que se estaba ahogando en un cubo junto a la puerta.

—Tenemos que acordarnos de vaciar los cubos y barreños cuando llueve, porque caen en ellos pequeños animales que luego no pueden salir —le dijo a Valdo.

El perro olió a la lagartija paralizada de frío y concluyó que no era interesante. Ni siquiera Gato se dignó mirarla, porque se había adormilado en el borde del abrevadero.

El sol subía en el horizonte; los rayos dorados se alargaban en los prados y los campos, encendían las espigas de las gramíneas, las copas de los árboles y los tejados rojos de las granjas.

—¿Qué me dices, nos vamos? —preguntó la niña.

El perro respondió con saltos de entusiasmo.

Olga cogió unos prismáticos, un cuaderno y un lapicero.

—Llevo a los burros a dar una vuelta —avisó a su abuela asomándose al establo.

—¿Y vuelves? —le preguntó Almida.

—Sí.

—¿Cuándo?

—A las diez.

—Dices a las diez y no llevas reloj. ¡No te vayas lejos!

—No.

La niña se marchó con el perro y los asnos por el gran prado que terminaba en la espesura.

—Imagínate, Valdo, si las lagartijas, las avispas, los moscardones y los mosquitos fuesen grandes... ¿Cómo de grandes? ¡Enormes! Intenta imaginar nuestra granja poblada por lagartijas tan grandes como iguanas que treparan por las paredes y nos cayeran en la cabeza, como a veces sucede, y corretearan por nuestras aceras tratando de comerse las unas a las otras y de mordernos a nosotros.

Valdo bajó las orejas, metió el rabo entre las patas y trató de huir.

—¡No, no, lo digo por decir! Es solo una prueba de fantasía —lo tranquilizó la niña—. ¿Sabes qué es la fantasía, Valdo? Es cuando imaginas un mundo que no existe. Ahora cierra los ojos e intenta imaginar avispas del tamaño de pollos, mosquitos tan grandes como halcones y... Espera, no te escapes, te he dicho que es solo fantasía, no es peligrosa si sabes reconocerla.



Después de saltar de la balsa y despedirse rápidamente del barquero, Mima, Oruga y Mirina corrieron por el estrecho camino entre prados floridos que llevaba a la granja de las Tindal. La hierba leñosa soltaba minúsculas semillas que se pegaban a la ropa, el sol calentaba la espalda y las cigarras cantaban en los bosquecillos de robinias; Mima sentía que empezaban las vacaciones.

Tras un par de curvas, encontraron abierta la verja de entrada al patio de grava de una casa; una niña con un ancho sombrero estaba bombeando agua a un pilón de piedra; junto a ella, dos burros acalorados esperaban para

beber. Un gato sentado en el borde observaba pacientemente. También había un perro, que al ver a los chicos corrió ladrando a su encuentro.

Mirina se escondió detrás de Mima.

—¡Aaaah! —gritó de miedo.

—¡No hace nada! ¡Es Valdo, el perro más bueno del mundo! —trató de tranquilizarla Mima.

—¡Nooo, tengo miedooo!

Olga silbó y le pidió a Valdo que entrara en casa. Luego fue a recibir a sus amigos. El crujido de la grava bajo sus zuecos marcó oficialmente el comienzo de las vacaciones para Mima.

No veía a Olga desde hacía un año. Se habían escrito y, en una ocasión, Mima le había contado cómo había nacido su amistad con Mirina, que ahora estaba encogida a su espalda. Su primera amiga de verdad en la ciudad. La había descrito como una chiquilla simpática que compartía con ella su amor por las historias: «A Mirina le gustan los cuentos, pero yo prefiero tus historias, porque son verdaderas», le había escrito a Olga. «¡Se alegrará muchísimo de conocerte!»

En cambio, Mirina estaba desesperada. No les quitaba ojo a los burros y estaba atenta a mantener apartado a Gato, que quería restregarse contra sus piernas.

Olga desapareció en la casa y salió poco después.

—He mandado a Valdo a nuestra habitación, podéis entrar si queréis, dentro se está más fresco y no hay otros animales —dijo.

Mima tuvo que coger a Mirina de la mano y arrastrarla dentro.

En la cocina, entre los gruesos muros de piedra, hacía casi frío y la niña volvió a quejarse.

—¡Ah, pero aquí se queda una helada! —dijo frotándose los brazos y resoplando.

Mima sintió vergüenza ajena y empezó a arrepentirse de haberla invitado a Balicó. En la ciudad Mirina era distinta, no protestaba cuando los coches pasaban como flechas delante de ella en los pasos de peatones, o cuando el aire apestaba a tubo de escape y no había lugares donde jugar tranquilamente. ¡Protestaba allí, en cambio! Donde tendría que haber sido feliz por conocer a nuevos amigos; donde habría debido dar saltos de alegría por estar en un lugar seguro y precioso, con muchos animales y árboles repletos de fruta. Tendría que haberle estado agradecida a Olga por todos los intentos que hacía para que se sintiera a gusto. Y aquella tonta, sin embargo, se comportaba como una maldición. Era un pez fuera del agua que no hacía ningún esfuerzo para que las cosas marcharan bien.

—No resisto más —dijo al final Mirina fingiendo que le castañeteaban los dientes—. ¿Puedo volver fuera?

—Fuera están los animales, que te dan miedo —le recordó Mima con brusquedad.

—Podemos ir al arriate —intervino Olga—. Allí no pueden entrar los burros y le diré a Gato que no se acerque.

—¿Qué es el arriate? —preguntó Mirina.

—Es donde mi abuela va a descansar por la tarde. Está cercado, porque hay flores y mi abuela no quiere que entren las gallinas y los burros y se las coman.

Mirina asintió satisfecha.

Mima, en cambio, estaba airada: el arriate era la zona privada de la abuela Almida y ellos, por respeto, nunca habían entrado.

Mientras salían, Mirina se le pegó en busca de protección, pero ella se sacudió para quitársela de encima. Sin embargo, al ver la expresión de la cara de su amiga, se arrepintió de haberlo hecho; Mirina la miraba como un cachorro al que han reprendido y no sabe por qué. Parecía triste y confundida.

Mima le tendió la mano y ella la agarró, feliz y reconfortada.

